

El concepto de guerra híbrida y su relevancia para América Latina

Hybrid Warfare Concept and its Relevance in Latin America

Román D. Ortiz*

Decisive Point Security Assistance and Strategic Services

Resumen: El concepto de “guerra híbrida” resulta resbaladizo. De acuerdo con Frank G. Hoffman, este tipo de conflictos “incorporan un abanico de distintas formas de guerra, incluyendo capacidades convencionales, tácticas y formaciones irregulares, actos terroristas que comprenden coerción y violencia indiscriminada y desorden criminal”. Para entender semejante planteamiento, es imprescindible tomar en consideración dos tendencias que están afectando desde distintos ángulos la forma de los conflictos bélicos: “convergencia” y “combinación”. Resulta difícil discutir la creciente naturaleza híbrida de los conflictos en América Latina. De hecho, la región ha visto cómo estructuras criminales y organizaciones terroristas han tendido a converger tanto en formas de actuar como en vínculos organizativos. Así, los carteles mexicanos han incorporado a su repertorio táctico acciones de terrorismo y guerra de guerrillas, al tiempo que han ampliado su capacidad para asumir funciones paraestatales —justicia, servicios sociales, etc.— entre sectores sociales marginados. Por su parte, los grupos armados de orientación política han sido capaces de sobrevivir solamente si se han podido conectar a economías ilícitas como el narcotráfico o la minería ilegal. Sin duda, el caso más conocido es el de las FARC y el ELN en Colombia.

Palabras claves: Guerra híbrida – Latinoamérica – Crimen organizado – Terrorismo – Colombia

Abstract: The concept of “hybrid warfare” is slippery. According to Frank G. Hoffman, such conflicts “incorporate a range of different forms of warfare, including conventional capabilities, irregular tactics and formations, terrorist acts involving indiscriminate violence and coercion, and criminal disorder”. To understand such an approach, it is essential to consider two trends that are affecting the way from different angles of armed conflicts, “convergence” and “combination”. It is difficult to discuss the growing hybrid nature of conflicts in Latin America. In fact, the region has seen terrorist organizations and criminal structures have tended to converge both forms of action and organizational links. Thus, the Mexican cartels have joined their repertoire tactical actions of terrorism and guerrilla warfare while extending capacity to take parastatal functions - justice, social services, etc. - Between marginalized social sectors. Meanwhile, armed groups of political orientation have been able to survive only if they are able to connect to illicit economies such as drug trafficking and illegal mining. Undoubtedly the best known case is that of the FARC and ELN in Colombia.

Key words: Hybrid War – Latinoamerica – Organized Crimen – Terrorism – Colombia

Fecha de recepción: 20 de octubre de 2015

Fecha de aceptación y versión final: 20 de noviembre de 2015

* Román D. Ortiz es Director de la firma de asesoría en cuestiones de Seguridad y Defensa Decisive Point. Asesor del Ministerio de Defensa de Colombia en contraterrorismo y antinarcóticos en el periodo 2010-2014. Ph.D. en América Latina Contemporánea del Instituto Universitario Ortega y Gasset - Universidad Complutense de Madrid. Email: roman.d.ortiz@decisive-point.org

¿Qué son los “conflictos híbridos”?

Como en otras ramas de las Ciencias Sociales, los Estudios de Seguridad tienden a ir por detrás de la realidad que tratan de entender y anticipar. Solo cuando los hechos han derrotado los antiguos paradigmas, los analistas civiles y militares abandonan su habitual conservadurismo teórico, hacen tabla rasa de viejos prejuicios y construyen una nueva visión que les permite entender y operar en un mundo que funciona con nuevas reglas. Este ha sido el tortuoso proceso que ha conducido a la emergencia de un nuevo concepto que permite entender el modelo de conflictos que ha llegado a predominar en el escenario internacional y promete ser el principal reto de seguridad en el futuro: las “guerras híbridas”. Desde el cartel de “Los Zetas” mexicanos que emplean tácticas de fuerzas especiales y desarrollan operaciones de información hasta las milicias fundamentalistas del denominado “Estado Islámico” que integran en sus ofensivas terrorismo suicida, armas químicas y asaltos de infantería motorizada, el concepto de lo “híbrido” ha emergido como una forma de entender la evolución de las confrontaciones bélicas hacia formas más ambiguas e inciertas. Unos escenarios que obligan a las fuerzas militares de los Estados democráticos a redefinir sus misiones y las capacidades de las que deben dotarse para cumplirlas.

132

A primera vista, el concepto de “guerra híbrida” resulta resbaladizo. De acuerdo con uno de sus principales teóricos, Frank G. Hoffman, este tipo de conflictos “incorporan un abanico de distintas formas de guerra, incluyendo capacidades convencionales, tácticas y formaciones irregulares, actos terroristas que comprenden coerción y violencia indiscriminada y desorden criminal”.¹ Para entender semejante planteamiento, resulta imprescindible tomar en consideración dos tendencias que están afectando desde distintos ángulos la forma de los conflictos bélicos: “convergencia” y “combinación”.² Por el primer término, se entiende como las diferencias entre ciertas categorías estratégicas —estatal/no estatal, regular/irregular, terrorismo/crimen organizado, etc.— tienden a difuminarse hasta dar lugar al surgimiento de amenazas de naturaleza mixta y nueva.³ Un buen ejemplo de estos procesos es la forma en

1 Frank G. Hoffman, *Conflict in the 21st Century: The Rise of Hybrid Wars*, Arlington: Potomac Institute for Policy Studies, 2007, p 14.

2 Frank G. Hoffman, *Conflict in the 21st Century*, p. 9.

3 La idea de “convergencia” está excelentemente conceptualizada en Frank G. Hoffman, “Hybrid Warfare and Challenges”, *Joint Forces Quarterly*, Washington, Num. 52, Primer Trimestre, 2009, pp. 34 y ss.

que se aproximan las capacidades militares en manos de grupos armados como Hezbollah y aparatos estatales como el del régimen sirio de Bashar al-Assad. Mientras el partido armado libanés acumula medios bélicos propios de un Estado —desde misiles antitanque rusos como los AT-14 Spriggan ‘Kornet’ hasta cohetes de largo alcance como los Farj 3 y Farj 5 de fabricación iraní— la dictadura de Damasco confía buena parte de las tareas de control político y represión de la población civil a bandas de criminales conocidas como “Shabiha”.⁴

Por lo que se refiere al segundo concepto, la idea de “combinación” está asociada a la posibilidad de poner en práctica formas de guerra distintas de una manera simultánea e integrada.⁵ En principio, esta posibilidad no es nueva. La combinación de operaciones regulares y actividad armada irregular es fácil de identificar en la “Guerra Peninsular” de comienzos del siglo XIX, donde los ejércitos angloespañoles se apoyaron en una intensa actividad partisana para derrotar a las tropas napoleónicas.⁶ Una receta no muy distinta a la que el gobierno comunista de Hanoi ensayó en el conflicto de Vietnam en las décadas de 1960 y 1970 cuando combinó la acción de sus tropas regulares y la actividad guerrillera del Viet Cong para desgastar a las fuerzas estadounidenses y sus aliados sudvietnamitas.

Sin embargo, la diferencia dentro del concepto de “guerra híbrida” es el nivel al que se produce la integración entre lo regular y lo irregular. Mientras los casos históricos mencionados y otros muchos son indiscutibles ejemplos de la combinación de formas de guerra distintas a nivel estratégico, los conflictos actuales tienden a integrar elementos regulares e irregulares a nivel operacional y táctico, dentro del mismo “espacio de batalla” y en ocasiones con las mismas formaciones militares pasando de uno a otro registro según necesidad y conveniencia.⁷ Así, por ejemplo, las guerras civiles de Siria e Iraq han visto cada vez con más frecuencia la combinación de ataques terroristas suicidas

4 Detalles sobre las vinculaciones de la milicia Shabiha con estructuras de crimen organizado y su papel en la represión de la oposición siria en Stephen Starr, “Shabiha Militias and the Destruction of Syria”, CTC Sentinel, Combating Terrorism Center, US Military Academy, West Point, Vol. 5 Num. 11 – 12, noviembre 2012, pp. 12 - 14.

5 El concepto de combinación está usado extensamente en Leslie F. Brown, *Twenty First Century Warfare Will Be Hybrid*, Carlisle: US Army War College, 2011, p. 1 y ss.

6 Una buena narración de la campaña de las guerrillas españolas contra las tropas napoleónicas en Anthony James Joes, *Guerrilla Conflict Before the Cold War*, Westport: Praeger, 1996, pp. 91 y ss.

7 Frank G. Hoffman, “The Hybrid Character of Modern Conflict”, en Paul Brister, William H. Natter III y Robert R. Tomes (Ed.), *Hybrid Warfare and Transnational Threats: Perspectives for an Era of Persistent Conflict*, New York: CENSA, 2011, p. 40 y también pp. 42 y ss.

como parte de operaciones semirregulares destinadas a tomar centros urbanos. Paralelamente, la campaña del gobierno ruso para forzar la secesión de Ucrania oriental ha combinado la promoción de una insurgencia en territorio del país vecino acompañada de la ejecución de ataques terroristas, guerra de guerrillas y operaciones convencionales donde han actuado de forma integrada milicias separatistas prorrusas y destacamentos del ejército ruso.

Los borrosos límites de lo bélico

Estos procesos de “convergencia” y “combinación” han influido sobre la naturaleza y la forma en que se desarrollan los conflictos. De hecho, las fronteras de lo que puede ser definido como bélico se han difuminado y la guerra ha asumido nuevas formas, más ambiguas, pero no por ello menos relevantes. Dentro de este ámbito, la primera barrera que parece desdibujarse es la tradicional separación entre acciones bélicas y actividades de crimen organizado. Para algunos observadores esta tendencia es sencillamente el fruto de la creciente e indeseable militarización de los servicios de policía y el mantenimiento de la ley. En realidad, se trata más bien de una convergencia entre dos formas de violencia —la criminal y la política— entre las que se hacen visibles crecientes sinergias.⁸ Así, grupos delincuenciales como los carteles mexicanos o la mafia rusa emplean sistemáticamente tácticas y equipos militares. Paralelamente, las economías ilícitas se han convertido en fuentes claves para el soporte financiero de los esfuerzos bélicos de grupos insurgentes y redes terroristas. De igual forma, el crimen organizado se ha convertido en aliado de conveniencia de guerrilleros y terroristas a la hora de destruir instituciones estatales o crear espacios no gobernados. Ahí están, por ejemplo, el papel jugado por una muy variada

134

8 La visión del crimen organizado como una de las facetas de las amenazas híbridas ha sido objeto de intenso debate en la medida que coloca bajo la responsabilidad de lo bélico varios retos de seguridad que de manera habitual se consideraban exclusivamente desde la óptica del mantenimiento de la ley. Sin embargo, la relevancia estratégica de actividades criminales como el narcotráfico y sus conexiones con la violencia política parecen justificar su inclusión dentro de las amenazas híbridas como señala Frank G. Hoffman, “The Hybrid Character of Modern Conflict”, p. 40. La fusión entre actividad criminal, señores de la guerra y guerrillas también es discutida en Josef Schroefl y Stuart J. Kaufman, “Hybrid Actors, Tactical Variety: Rethinking Asymmetric and Hybrid War”, *Studies in Conflict & Terrorism*, Londres: Routledge, Num. 37, septiembre 2014, pp. 867 y 868.

diversidad de redes criminales en la desestabilización de Iraq o la alianza entre la guerrilla y las bandas criminales en Colombia.⁹

Más allá del solapamiento entre fenómenos bélicos y actividad criminal, la guerra ha crecido en complejidad a medida que sus cuatro dominios clásicos —terrestre, marítimo, aéreo y espacial— se han multiplicado con la emergencia de nuevos escenarios con un papel clave en una confrontación armada. De este modo, ámbitos como el comunicacional, el diplomático, el económico o el jurídico se han transformado en otros tantos espacios de confrontación clave cuya evolución puede resultar determinante para el desenlace de un conflicto. Desde una perspectiva teórica, esta nueva visión multidominio de las “guerras híbridas” quedó bien definida por el concepto de “Guerra Irrestricada” desarrollado por los coroneles Qiao Liang y Wang Xiangsui del Ejército Popular de Liberación chino. Desde la perspectiva de estos autores, es posible combinar las operaciones militares tradicionales con otros métodos concebidos como “operaciones bélicas no militares”. Dentro de esta categoría se incluirían formas de confrontación como la “guerra comercial”, la “guerra financiera”, la “guerra ecológica”, etcétera.¹⁰

En términos prácticos, la extensión de las confrontaciones bélicas a dominios distintos del estrictamente militar, pero con influencia directa sobre el desarrollo de este, no es algo nuevo. La vertiente más conocida de esta tendencia es el creciente uso de la comunicación estratégica como parte de las dimensiones centrales de cualquier operación militar. Este fue el caso durante la campaña aérea lanzada por la OTAN contra Yugoslavia en 1999, cuando el régimen de Slobodan Milosevic realizó un enorme esfuerzo para magnificar las pérdidas civiles provocadas por los ataques aéreos y generar una enorme presión política sobre los líderes de la Alianza para que estos se viesen obligados a suspender los ataques. Más recientemente, un comportamiento estratégico parecido se hizo

9 Un brillante análisis del crimen organizado en Iraq y sus implicaciones estratégicas para la campaña de EE.UU. y sus aliados occidentales en Phil Williams, *Criminals, Militias, and Insurgents: Organized Crime in Iraq*, Strategic Studies Institute- US Army War College, junio 2009, especialmente interesante p. 221 y ss. Por lo que se refiere a los vínculos entre guerrilla y bandas criminales en Colombia en “Claves de pacto entre ‘bacrim’ y guerrillas”, *El Tiempo*, Bogotá, septiembre 20, 2014 en <http://www.eltiempo.com/politica/justicia/claves-de-pacto-entre-bacrim-y-guerrillas/14565198> recuperado en septiembre 20, 2015 y también “La alianza guerrilla-bacrim enciende alarmas en la Costa”, *El Heraldo*, Barranquilla, septiembre 22, 2014 en <http://www.elheraldo.co/region/la-alianza-guerrilla-bacrim-enciende-alarmas-en-la-costa-167251> recuperado en septiembre 20, 2015.

10 Qiao Liang y Wang Xiangsui, *Unrestricted Warfare*, Panamá: Pan American Publishing Company, 2002, pp. 38 y ss. y también pp. 123 y ss.

visible durante la intervención israelí en Gaza en 2014, cuando los fundamentalistas palestinos de Hamas ocultaron sus medios militares en zonas residenciales civiles para luego denunciar los daños colaterales provocados por los ataques aéreos y demandar a la comunidad internacional que forzase al Estado hebreo a suspender los bombardeos.

Más allá del ámbito comunicacional, la puesta en práctica de estrategias que integran herramientas no militares con el uso de la fuerza armada ha resultado frecuente. Históricamente, un buen ejemplo es la llamada “Konfrontasi” lanzada por Indonesia entre 1963 y 1966 para debilitar a la recién creada Federación Malasia y lograr la anexión de Borneo Septentrional. Un esfuerzo del gobierno de Yakarta que combinó un boicot a las exportaciones malasias, una ofensiva diplomática y una campaña de guerra de guerrillas, terrorismo y actos de sabotaje ejecutados por las fuerzas armadas indonesias o grupos irregulares a su servicio al interior del territorio de la Federación.

Mucho más recientemente, la estrategia de Moscú para obtener el control de Ucrania oriental ha combinado el apoyo a una insurgencia separatista por medio de la intervención de fuerzas regulares rusas y la manipulación de los suministros de gas del Kremlin, presionando a las autoridades de Kiev con la amenaza de un corte y garantizando la autonomía energética de las regiones prorrusas. Entretanto, en el curso de la crisis de refugiados que ha conmovido la Unión Europea a lo largo de 2015, se hizo público un documento del denominado “Estado Islámico” donde proponen manipular el éxodo masivo de inmigrantes desde Libia para crear caos en los países de Europa meridional.¹¹

136

La fusión entre la guerra regular e irregular

Más allá de la multiplicación de los dominios donde se desarrollan las confrontaciones bélicas, la naturaleza híbrida de los conflictos contemporáneos se ha hecho visible en la tendencia a combinar formas regulares e irregulares de aplicar fuerza en los tres niveles de la guerra: estratégico, operacional y táctico. Como ya se mencionó, la combinación de líneas de acción regulares e irregulares dentro de la misma estrategia ha sido frecuente a lo largo de la historia de la guerra. En realidad, lo que resulta más novedoso es la integración de elementos convencionales y no convencionales a nivel operacional y táctico.

11 Charlie Winter, “*Libya: The Strategic Gateway for the Islamic State*”, *Translation and Analysis of IS Recruitment Propaganda for Libya*, Quilliam Foundation, febrero 2015, p. 10.

Ciertamente, no se trata de un fenómeno completamente nuevo. De hecho, se pueden encontrar evidencias de este tipo de comportamiento bélico en casos como la “Guerra de Franceses e Indios” que libraron galos y británicos con sus respectivos aliados indígenas en lo que hoy es el occidente de EE.UU. y Canadá, como dimensión americana de la “Guerra de los Siete Años”. Sin embargo, este tipo de fórmulas mixtas a nivel táctico y operacional se ha generalizado en los conflictos bélicos que se han sucedido en los últimos años en Libia, Siria, Iraq o Ucrania.

Así, un buen ejemplo de la integración de medios y tácticas regulares e irregulares se pudo ver en la forma en que las fuerzas gubernamentales libias se comportaron para reducir la efectividad de los ataques aéreos de la OTAN durante la guerra civil en el país norteafricano. Las tropas de Muammar Gadafi se desprendieron de sus uniformes, dispersaron su armamento pesado y recurrieron a ocultarlo en zonas urbanas densamente habitadas por civiles. En otras palabras, optaron por un comportamiento propio de un grupo irregular para diluir la efectividad de los bombardeos occidentales.¹²

De igual forma, los militantes del Estado Islámico han convertido en rutina combinar acciones de terrorismo suicida con operaciones semiconvencionales en Iraq y Siria.¹³ Por su parte, la campaña de Rusia para ocupar Ucrania Oriental ha fusionado una intensa actividad guerrillera ejecutada por fuerzas mixtas de milicianos secesionistas y unidades de operaciones especiales de Moscú con el empleo de formaciones mecanizadas, sistemas de defensa antiaérea, medios de guerra electrónica e inteligencia propios de un ejército regular.¹⁴

Esta fusión de formas de acción bélica regulares e irregulares viene acompañada de la integración de tecnologías de distinto nivel de sofisticación en conjuntos operacionales complejos con una resiliencia, flexibilidad y efectividad superior. Un buen ejemplo de cómo se combinan con éxito espectros tecnológicos distintos es la forma en que la milicia shiíta Hezbollah integró en sus operaciones explosivos improvisados, misiles antitanques, cohetes de largo alcance y redes de fortificaciones en la guerra contra Israel en 2006. Un concepto estratégico seme-

12 Anthony Bell y David Witter, *The Libyan Revolution. Part 3. Stalemate & Siege*, Institute for the Study of War, Washington, octubre 2011, p. 22.

13 Jessica Lewis McFate, “The ISIS Defense in Iraq and Syria: Countering an Adaptive Enemy”, *Middle East Security Report 27*, Institute for the Study of War, Washington, mayo 2015, p. 10 y ss.

14 Más detalles del modelo de guerra híbrida aplicado por Rusia en Ucrania Oriental en Ralph D. Thiele, “Crisis in Ukraine – The Emergence of Hybrid Warfare”, *ISPSW Strategy Series: Focus on Defense and International Security*, Institute for Strategic, Political, Security and Economic Consultancy, Berlín, Num. 347, mayo 2015, pp. 2 y ss.

jante al seguido por Hamas en los choques con las fuerzas armadas israelíes en la Franja de Gaza que tuvieron lugar durante las operaciones en 2008 y 2014.¹⁵

En un entorno diferente, esta misma diversidad tecnológica se ha podido ver en la forma en que la guerrilla de las FARC respondió a la ofensiva del Estado colombiano, abandonando sus comunicaciones por radio y recurriendo a correos humanos para mejorar su seguridad operacional, al tiempo que sofisticaban sus artefactos explosivos improvisados e investigaban en tecnología de cohetes. Por su parte, carteles mexicanos como “Los Zetas” o el “Cartel del Golfo” han desarrollado aparatos armados con una amplia gama de medios que incluyen variados arsenales de armas ligeras, armamento de apoyo como lanzacohetes, medios blindados de fabricación casera y sistemas de vigilancia electrónica basados en redes ilegales de cámaras de televisión.

Paralelamente, también se ha hecho cada vez más evidente una tendencia a la confusión entre las categorías organizativas y políticas que son claves para definir el “espacio de batalla”. Dentro de esta tendencia, la primera barrera que ha tendido a desdibujarse ha sido aquella que separa a actores estatales de no estatales o, si se quiere, a fuerzas regulares de irregulares. En alguna medida, este proceso ha sido el fruto de dos tendencias. Por un lado, las fuerzas gubernamentales han asumido perfiles cada vez más irregulares en parte porque han proliferado las unidades no convencionales —grupos de operaciones especiales, etc.— y en parte porque las estructuras organizativas de algunas fuerzas armadas se han diluido como resultado de la indisciplina, la corrupción y la politización. Por otra parte, los actores no estatales han asumido con frecuencia atributos y capacidades propias de los ejércitos estatales con la creación de formaciones con aspiraciones a convertirse en unidades regulares —las “brigadas” o “batallones” de la oposición libia y siria— y la incorporación de medios como vehículos blindados o cohetes de largo alcance que hasta hace poco se consideraban privilegio de los gobiernos.

138

Las milicias como modelo organizativo híbrido

La difuminación de los límites entre lo estatal y no estatal ha tenido su expresión máxima en la proliferación de las “milicias”. Bajo este término se incluyen organizaciones armadas formadas o respaldadas directamente por un gobierno

15 Una interesante comparación de las tácticas de Hezbollah y Hamas en Scott C. Farquhar (Ed.), *Back to Basics. A Study of the Second Lebanon War and Operation Cast Lead*, US Army Combined Arms Center, Combat Studies Institute Press, Fort Leavenworth, 2009, especialmente pp. 5 y ss.

—sea este nacional o regional— que no forman parte de las fuerzas oficiales del Estado; pero que actúan sistemáticamente en apoyo de estas o, al menos, son sus aliadas en la búsqueda de los mismos objetivos político-estratégicos.¹⁶ Dentro de esta categoría se pueden incluir desde las unidades de movilización popular iraquíes integradas por distintos grupos armados shiíes que respaldan al gobierno de Bagdad, hasta los denominados “colectivos armados” que han actuado en respaldo del régimen chavista de Venezuela en la represión de protestas opositoras.

Este tipo de estructuras pueden operar dentro del territorio del Estado que les patrocina como ha sido el caso de las partidas de Janjaweed empleadas por el gobierno sudanés para reprimir la insurrección de la población no árabe en Darfur o la ya mencionada Shabiha al servicio del régimen sirio. Pero además, este tipo de formaciones también pueden servir como instrumentos al servicio de los intereses internacionales del Estado que los patrocina, como es el caso del respaldo de Irán a Hezbollah en Líbano o de Rusia a grupos separatistas en Ucrania oriental como las denominadas “Milicia Popular de Donbass” o “Milicia Popular de Luhansk”.

En realidad, las milicias son la encarnación organizativa de la complejidad propia de los conflictos híbridos. De hecho se trata de estructuras que no son parte formal del gobierno, pero apoyan a este. Como consecuencia, las autoridades oficiales no tienen un completo control sobre las acciones de los milicianos. Estos pueden tener agendas paralelas a aquellas asociadas a las metas de los regímenes que los patrocinan. Así, no es raro que los milicianos defiendan una agenda de objetivos político-estratégicos al tiempo que se involucran en actividades criminales. Tal fue el caso de paramilitares serbios como los denominados “Escorpiones” o la “Guardia Voluntaria Serbia” durante las guerras de Yugoslavia a lo largo de las décadas de 1990 y 2000; pero también se puede decir de los “colectivos” chavistas que hacen compatible la defensa de la revolución venezolana con negocios ilícitos como el narcotráfico o la extorsión.¹⁷

16 El concepto de milicia está muy bien detallado en Sabine C. Carey, Neil J Mitchell y Will Lowe, “States, the Security Sector, and the Monopoly of Violence: A New Database on Pro-Government Militias”, en *Journal of Peace Research*, SAGE, Vol. 50, Num. 2, marzo, 2013, pp. 249–258.

17 Los vínculos entre paramilitares serbios y crimen organizado en Peter Andreas, “The Clandestine Political Economy of War and Peace in Bosnia”, en *International Studies Quarterly*, Blackwell Publishing, Vol. 48 Num. 1 marzo, 2004, pp. 29–51. Por lo que se refiere a las actividades criminales de los colectivos chavistas en “Colectivos imponen su ley”, *El Universal*, Caracas, julio 1, 2014 en <http://www.eluniversal.com/caracas/120701/colectivos-imponen-su-ley> recuperado en septiembre 16, 2015 y también “Grupos pro-oficialistas operan en módulos de la PM”, *El Universal*, septiembre 10, 2012 en <http://www.eluniversal.com/sucesos/120910/grupos-pro-oficialistas-operan-en-modulos-de-la-pm> recuperado en septiembre 17, 2015.

Sin duda, la paradoja es que la autonomía de las milicias resulta ser una de sus ventajas políticas y estratégicas para los gobiernos que las promueven. En realidad esto les convierte en grupos armados cuyas acciones pueden ser “negadas de forma plausible” por las autoridades oficiales. De este modo se convierten en instrumentos predilectos para la ejecución de operaciones clandestinas o directamente ilegales que vulneran el derecho internacional e involucran violaciones masivas de derechos humanos.

En buena medida, el valor militar de las milicias reside en que suelen ser formaciones construidas de acuerdo con criterios étnicos, religiosos o ideológicos. Tanto si los fundamentalistas shiitas en Iraq como los ultranacionalistas serbios en la antigua Yugoslavia o las tribus árabes en Sudán Occidental son grupos cuyo reclutamiento y actuación están determinados por el principio identitario sobre el que han sido constituidos: la profesión de una fe religiosa, la pertenencia a un grupo étnico o la vinculación a un grupo tribal.

En ocasiones, el factor cohesionador puede resultar poco visible a primera vista. Así, por ejemplo, la solidez de ciertos grupos armados chavistas podría tener menos que ver con afinidades ideológicas y más con lazos de “patriotismo local” fruto de residir en ciertos barrios de Caracas. De igual forma, los lazos entre los miembros de la Shabiha siria no provienen de su militancia en el partido gubernamental Baas o su pertenencia a la variante alawita del islam, sino por vínculos con ciertos clanes familiares como el Berri en Alepo o el Deeb y el Makhlof en la costa mediterránea.¹⁸ Sea como sea, estos lazos invisibles otorgan a las milicias dos virtudes operacionales claves. Por un lado garantizan una sólida cohesión en combate que frecuentemente no tienen las unidades regulares de los Estados a los que sirven. Por otro, conectan a estas formaciones a segmentos de la población civil en sus zonas de operaciones, lo que les convierte en instrumentos extremadamente efectivos para recolectar inteligencia y garantizar la seguridad territorial.

Más allá de la confusión entre fuerzas regulares e irregulares que representan las milicias, la creciente naturaleza híbrida de los conflictos se refleja también en la creciente confusión entre combatientes y no combatientes. En buena medida, esto tiene que ver con cambios en las causas de los conflictos bélicos y la forma en que las partes enfrentadas libran los mismos. Durante las pasadas dos

18 About Yassin al-Haj Salih, “The Syrian Shabiha and Their State - Statehood & Participation”, Heinrich Böll Stiftung, marzo 3, 2014, en <http://lb.boell.org/en/2014/03/03/syrian-shabiha-and-their-state-statehood-participation> recuperado en septiembre 5, 2015.

décadas, las guerras han pasado a ser alimentadas cada vez con más frecuencia por disputas respecto de la definición de las comunidades políticas —¿ucraniano o ruso?, ¿iraquí o suni?, etc.— el reparto de poder al interior de las mismas y las relaciones de estas con los Estados donde están incluidas.

Este notorio componente identitario de los conflictos ha convertido a la población en el centro de la lucha en la medida en que busca movilizar y controlar un sector de la misma mientras margina, desplaza y, en ocasiones, trata de exterminarla.¹⁹ Esto explica que los miembros de las milicias hutus “Interahamwe” y “Impuzamugambi” vieran como una amenaza no solo a los militantes de la guerrilla tutsi Frente Patriótico Ruandés (FPR), sino al conjunto de la población de esta etnia, lo que abrió la puerta al genocidio de 1994. De igual forma, los militantes del “Estado Islámico” han desarrollado una campaña de genocidio contra las comunidades yazidis y otras minorías en Iraq no porque estas colectividades representen ninguna amenaza militar, sino como reflejo de su proyecto ideológico de convertir Oriente Medio en un espacio religioso y políticamente homogéneo.

Los cambios en el entorno operacional: población y terreno

141

En el contexto de estos conflictos identitarios, el recurso a formas de guerra irregular ha dado un valor estratégico clave a la población. De hecho, el desarrollo de campañas armadas que involucran tácticas terroristas y guerrilleras requiere contar con un terreno humano favorable como espacio de refugio y fuente de recursos. Bajo estas circunstancias, los bandos enfrentados han convertido la competencia por el control y la movilización de la población en el centro de su confrontación. Como consecuencia, actores estatales y no estatales han recurrido frecuentemente a ciertos mecanismos de vigilancia y encuadramiento de la población —formación de milicias locales, redes clandestinas de colaboradores, etc.— que han tendido a integrar a las comunidades dentro de sus respectivas estrategias.

19 La posición central de la población en los enfrentamientos bélicos es reconocida como un rasgo clave de las guerras contemporáneas por un buen número de autores. Este es el caso con el concepto de “guerras de tercera clase” en Kalevi J. Holsti, *The State, War and the State of War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 36 y ss. Lo mismo sucede con el calificativo de “guerras premodernas” utilizado para analizar los conflictos actuales en Michael Evans, “From Kadesh to Kandahar. Military Theory and the Future of War”, *Naval War College Review*, US Naval War College, Newport, Vol. LVI, Num. 3, Verano 2003, pp. 132-150.

Esta tendencia se ha hecho más aguda cuando se ha recurrido a formas de violencia que implican la participación masiva de sectores de población. Tal fue el caso de la denominada “Segunda Intifada” entre 2000 y 2004 cuando Fatah, Hamas y otras organizaciones palestinas combinaron una intensa campaña terrorista con actos de violencia organizada de masas en las que se mezclaban manifestantes que arrojaban piedras y bombas incendiarias con militantes que utilizaban armas de fuego.²⁰ De este modo, la naturaleza de los conflictos y el tipo de tácticas empleadas por los contendientes han tendido a difuminar la tradicional barrera que ha separado a los combatientes de la población civil.

El carácter híbrido de los conflictos armados ha tendido a agudizarse como resultado de cambios en los entornos donde estos tienen lugar. De hecho, variados factores han confluído para incrementar la complejidad y la ambigüedad de los escenarios bélicos. Esta tendencia resulta paradójica si se considera que la tecnología militar ha reducido la relevancia operacional del medio físico. Mejoras en las armas, los sensores, las comunicaciones y las plataformas empleadas en los dominios terrestres, navales, aéreos y espaciales han reducido el potencial de desiertos, selvas y montañas para limitar las acciones militares. En otras palabras, la Revolución de los Asuntos Militares asociada a los avances en campos como la microelectrónica o los nuevos materiales ha amortiguado el impacto del medio natural sobre los aparatos militares. Sin embargo, esta pérdida de importancia de las barreras físicas ha venido acompañada de una multiplicación de los obstáculos políticos, sociales y culturales asociadas al terreno humano en el que tienen lugar los conflictos.

En buena medida, la complejidad de los entornos operacionales está asociada a que los conflictos bélicos se desarrollan con creciente frecuencia en entornos urbanos. Esta tendencia es fruto de un acelerado proceso migratorio que está multiplicando el peso demográfico de las ciudades, lo que inevitablemente agiganta su relevancia política, económica y estratégica. Como consecuencia, las confrontaciones decisivas que determinan el curso de los conflictos armados tienen lugar en medios urbanos.²¹ Ahí están para atestiguarlo el cerco de Misrata en Libia en 2011, la toma de Mosul por el “Estado Islámico” en 2014 y la batalla por Alepo en Siria que ha entrado en su cuarto año. Paralelamente, también las campañas contra el crimen organizado desarrolladas por los gobiernos mexicano y brasileño

20 Más detalles acerca de las tácticas empleadas por los palestinos durante la segunda Intifada y la respuesta de las fuerzas de seguridad israelíes en Daniel Byman, *A High Price. The Triumphs & Failures of Israeli Counterterrorism*, Oxford: Oxford University Press, 2011 pp. 124 y ss.

21 La tendencia de los conflictos a desarrollarse en medios urbanos en David Kilcullen, *Out of the Mountains. The Coming Age of the Urban Guerrilla*, Oxford: Oxford, University Press, 2013, pp. 18 y ss.

tienen como escenarios claves metrópolis como Rio, Ciudad Juárez, Monterrey o Guadalajara. Al margen de sus variantes y particularidades, este proceso de urbanización de la guerra genera dos efectos claves. Por un lado, los espacios densamente construidos se convierten en escenarios de gran complejidad física que restringen el valor de la tecnología. Por otra parte, la alta densidad de población multiplica los efectos humanos de la violencia.

Entretanto, los factores de índole social también tienden a convertirse en los condicionantes claves de la acción militar en entornos rurales. Fuera de las ciudades, la competencia de los actores armados se centra en espacios con relevancia económica o estratégica que normalmente están habitados de forma más o menos dispersa. En este tipo de escenarios, el dominio sobre el territorio solo es posible por medio del control de la población y este se enfrenta a mayores o menores dificultades en función de factores como la naturaleza de las comunidades, las barreras socioculturales que los distancian de los actores armados y su resiliencia a la presión de estos.

De este modo, la posibilidad de ejércitos, milicias, guerrillas o bandas criminales de afirmar su predominio depende de su capacidad para modificar el terreno humano a su favor. Para ello se han puesto en práctica estrategias que combinan en distinto grado coerción y cooptación con costos humanos radicalmente distintos. Así, a un lado, se sitúan los esfuerzos para ganar “los corazones y las mentes” de la población de acuerdo con los principios de la contrainsurgencia que ha sido aplicada por las tropas estadounidenses y sus aliados en Afganistán. Justo en el otro extremo se sitúan las campañas de “limpieza étnica” dirigidas a cambiar la composición demográfica de una región como las puestas en práctica por los paramilitares serbios durante las guerras de la antigua Yugoslavia o el “Estado Islámico” como parte de su expansión en Siria e Iraq. En cualquier caso, se trata de escenarios donde la población se convierte en el centro de gravedad de la confrontación armada con la enorme complejidad que ello implica. Una tendencia que subraya como la geografía humana ha reemplazado a la física como principal condicionante de las operaciones militares.

Crimen organizado, terrorismo y milicias en América Latina

A la vista de lo dicho, resulta difícil discutir la creciente naturaleza híbrida de los conflictos en América Latina. Realmente la región ha visto desde hace tiempo cómo estructuras criminales y organizaciones terroristas han tendido a converger tanto en formas de actuar como en vínculos organizativos. Así, estruc-

turas criminales como los carteles mexicanos han incorporado a su repertorio táctico acciones de terrorismo y guerra de guerrillas al tiempo que han ampliado su capacidad para asumir funciones paraestatales —justicia, servicios sociales, etc.— entre sectores sociales marginados. Por su parte, los grupos armados de orientación política han sido capaces de sobrevivir solamente si se han podido conectar a economías ilícitas como el narcotráfico o la minería ilegal. Sin duda, el caso más conocido es el de las FARC y el ELN en Colombia; pero el comportamiento de Sendero Luminoso en Perú ha sido similar. Este acercamiento en lógicas estratégicas ha facilitado la construcción de alianzas entre criminales y terroristas. Las guerrillas colombianas se han asociado con bandas criminales mientras el denominado Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP) ha abierto líneas de cooperación con narcotraficantes brasileños.²²

Paralelamente, la región está viendo el nacimiento de estructuras de milicias definidas por su carácter híbrido de grupos armados que no forman parte de la estructura formal del gobierno, pero operan en apoyo de este. El caso más evidente son los “colectivos chavistas” al servicio del régimen venezolano entre los que se incluyen grupos como “Los Tupamaros” o “La Piedrita”, cuyos miembros se integran en la denominada Milicia Nacional Bolivariana y han participado activamente en la represión de la oposición.²³

144

De forma parecida, el presidente boliviano, Evo Morales, ha mantenido activos a los denominados “Ponchos Rojos”, una estructura miliciana asociada al partido oficialista Movimiento Al Socialismo (MAS) que ha operado como punta de lanza de las protestas que le condujeron al poder y continua actuando como eje articulador de las movilizaciones para respaldar su gobierno.²⁴ Por su parte, el régimen sandinista de Daniel Ortega en Nicaragua ha consolidado una red partidaria conocida inicialmente como “Comités de Poder Ciudadano” y más recientemente como “Gabinetes de Familia” que cumplen funciones de control y movilización de la población civil.²⁵ Al mismo tiempo, ha manteni-

22 Más detalles sobre los vínculos del EPP con el narcotráfico en Jeremy McDermott, “Ejército del Pueblo Paraguayo, ¿un nuevo grupo insurgente o simples bandidos?”, *Perspectivas* 1/2015, Friedrich-Ebert-Stiftung, Bogotá, 2015, pp. 6 y 7.

23 “Así operan los ‘colectivos’, las fuerzas paramilitares chavistas de Venezuela”, *El País*, Cali, febrero 23, 2014, en <http://www.elpais.com.co/elpais/internacional/noticias/asi-operan-colectivos-fuerzas-paramilitares-chavistas-venezuela> recuperado en septiembre 12, 2015.

24 “La Milicia Indígena de Morales”, *El País*, Madrid, febrero 15, 2007, en http://elpais.com/diario/2007/02/19/internacional/1171839616_850215.html recuperado en septiembre 14, 2015

25 “De los CPC a los Gabinetes de Familia”, *Revista Confidencial*, Managua, febrero 23, 2013, en <http://confidencial.com.ni/archivos/articulo/10408/de-los-cpc-a-los-gabinetes-de-la-familia> recuperado en septiembre 12, 2015.

do la Juventud Sandinista —la organización juvenil del partido gubernamental Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)— como una fuerza de choque con entrenamiento paramilitar que ha sido acusado de amedrentar a la oposición y boicotear sus actos públicos.²⁶

Dicho esto, como es lógico, existen particularidades importantes acerca de la forma que están tomando los conflictos híbridos en el escenario estratégico latinoamericano. En este sentido, la primera cuestión a considerar es que las competencias armadas en la región, tanto cuando involucran estructuras criminales como grupos terroristas, implican unos niveles de violencia más bajos a los de otras regiones. De hecho, incluso el conflicto colombiano con sus 220.000 muertos en el periodo entre 1958 y 2012 palidece cuando se compara con las 250.000 víctimas mortales que ha provocado la guerra civil siria en apenas cuatro años.²⁷

De igual forma, la escalada de violencia en México parece abrumadora cuando se calcula que el país podría haber sufrido 165.000 homicidios entre 2006 y 2014. Sin embargo, cuando el número de víctimas anuales se pone en proporción a la población, la tasa resultante de 22,3 muertos por cada 100.000 habitantes para el 2012 resulta inferior a la cifra que en ese momento presentaban Colombia o Brasil.²⁸ La percepción de unos niveles de violencia limitados se acentúa si se tiene en cuenta que algunas estimaciones apuntan a que únicamente entre el 30% y el 50% de las muertes serían atribuibles al crimen organizado. Todo esto no quiere decir que los efectos de la competencia estratégica entre grupos terroristas y criminales en la región no sean significativos. Sin duda, el punto clave es que la intensidad de los conflictos se reparte de forma muy desigual en el tiempo y el espacio. Ciertas zonas atraviesan por periodos críticos mientras otras áreas se mantienen relativamente pacíficas.

26 “Juventud Sandinista contra juventud opositora”, *El Mundo*, Madrid, noviembre 10, 2011, en <http://www.elmundo.es/america/2011/11/10/noticias/1320902585.html> recuperado en septiembre 14, 2015.

27 Esta es la cifra de víctimas mortales del conflicto colombiano en Grupo de Memoria Histórica, *Basta Ya! Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad. Informe General Grupo de Memoria Histórica*, Centro Nacional de memoria Histórica, Departamento de Prosperidad Social, Bogotá, 2013, p. 31.

28 Las tasa de homicidios de México en comparación con otros países en Kimberly Heinle, Cory Molzahn, y David A. Shirk, *Drug Violence in Mexico. Data and Analysis Through 2014*, Department of Political Science & International Relations, University of San Diego, San Diego, abril 2015, p. 2. En general, este trabajo aporta un análisis detallado del impacto del crimen organizado sobre el total de muertes violentas del país.

Por otra parte, el *mix* operacional al que recurren los actores armados no estatales para promover sus agendas estratégicas es extraordinariamente diverso y combina la violencia con otro tipo de herramientas que incluyen desde la corrupción hasta la movilización social, pasando por campañas de comunicación pública. En realidad la mayoría de las estructuras criminales de la región —desde el Cartel de Sinaloa mexicano hasta el Primer Comando de la Capital brasileño— recurren de forma indistinta al uso de la fuerza y el soborno para neutralizar a las instituciones estatales, ganar el apoyo de sectores de la población y en general promover sus intereses económicos y estratégicos.

Paralelamente, organizaciones guerrilleras como las FARC o Sendero Luminoso tienen una larga trayectoria en la promoción de protestas populares como medio para obstaculizar las operaciones de seguridad y erosionar la legitimidad de las instituciones estatales. Finalmente, criminales y terroristas han aprendido a explotar redes sociales y otros medios de comunicación en su propio beneficio. La difusión de videos de extrema violencia por parte de los carteles mexicanos como forma de aterrorizar a la población y sus potenciales competidores, así como el uso de páginas *web* y Twitter por parte de las guerrillas colombianas para difundir sus mensajes políticos son buenos ejemplos de esta tendencia.

146

La definición de los conflictos híbridos en el escenario latinoamericano

En cualquier caso, un escenario estratégico latinoamericano definido por el predominio de actores armados no estatales de perfiles criminales, la tendencia de la violencia a mantenerse en niveles bajos o moderados y la inclinación de carteles y guerrillas a recurrir a herramientas no cinéticas como la corrupción o las protestas populares hacen legítimo preguntarse si el concepto de “guerra híbrida” tiene alguna relevancia para la región. En este contexto, la naturaleza ambigua del término abre dos opciones igualmente extremas de las que parece conveniente huir. Por un lado, la tentación de mirar desde un punto de vista de los conflictos híbridos cualquier desafío de seguridad enfrentado por la región. Esta posibilidad resulta particularmente peligrosa en un continente que ya padeció las consecuencias de mantener una mirada excesivamente bélica de los problemas de orden público de la mano de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Por otra parte, la posibilidad de subestimar el enorme potencial de desestabilización en manos de actores criminales y organizaciones terroristas dotadas de las capacidades para poner en práctica estrategias híbridas. Un error

que México y algunas repúblicas centroamericanas han pagado caro a la hora de confrontar unas estructuras de narcotráfico dotadas de enormes recursos financieros y notables medios militares.

Escapar de este dilema conceptual demanda establecer algunos criterios para definir qué desafíos de seguridad merecen ser analizados desde la perspectiva de los conflictos híbridos. Desde esta perspectiva, el primer elemento a considerar es el papel central de la violencia en las amenazas de este tipo. Con independencia de que los actores de carácter híbrido empleen herramientas no cinéticas, el uso de la fuerza es el eje con el que articulan su estrategia y lo que les otorga la capacidad para influir de forma dramática en el entorno. Herramientas como la corrupción o las comunicaciones públicas generan un efecto multiplicador de la violencia; pero en ningún caso la reemplazan.

El segundo criterio clave tiene que ver con el potencial desestabilizador de los actores que desarrollan una campaña de guerra híbrida. Para que un grupo merezca ser considerado como una amenaza de esta naturaleza, los efectos de su comportamiento deben tener una capacidad sustancial para dislocar la vida social, erosionar las instituciones estatales y conquistar el control de fragmentos de territorio y población. Este nivel de impacto estratégico no depende tanto del puro volumen de violencia ejercido como de los objetivos contra los que es aplicado y sus efectos combinados con otras herramientas no cinéticas. Así, el volumen de violencia ejercida por los carteles mexicanos o las redes criminales centroamericanas puede resultar relativamente limitado si se compara con los enfrentamientos bélicos en otras latitudes; pero sus consecuencias para la arquitectura estatal y la vida social resultan demoledoras. De este modo, para que un conflicto híbrido merezca tal calificativo debe reunir dos condiciones: involucrar el empleo de violencia de forma sistemática y poner en riesgo la estabilidad institucional y el orden social.

Sobre esta base, la pregunta pendiente es qué papel les corresponde a las fuerzas armadas latinoamericanas frente a este tipo de amenazas. En este sentido, se debe partir del hecho de que necesariamente un actor híbrido requiere una respuesta de amplio espectro donde se integren agencias civiles, organizaciones policiales e instituciones militares. Sin duda, el *mix* estratégico específico dependerá del escenario que se debe enfrentar, la arquitectura del Estado en concreto y la tradición política del país. Pero en cualquier caso, los cambios en la naturaleza y la forma de los conflictos armados obligan a revisar el papel de los aparatos militares latinoamericanos. Por un lado, se reduce la relevancia de los proyectos dirigidos a construir unas fuerzas armadas con una vocación estrictamente regular, atadas a la defensa del territorio frente a un hipotético

adversario convencional. Por otra parte se plantea la necesidad de apostar por usos del poder militar no convencionales, frente a adversarios ambiguos en entornos complejos. Este futuro ya se ha hecho realidad en las operaciones del Ejército mexicano contra los carteles de la droga, el apoyo de la infantería de marina brasileña a la campaña policial en las favelas o la participación del batallón chileno en el mantenimiento de paz en Haití. Son las nuevas misiones fruto de la nueva realidad estratégica.